

LABROS



Periódico de la Asociación de Amigos de Labros. Nº 14. Verano 1995

Majo para ajo



Sabrosos, intensos, apreciadísimos han sido siempre los ajos cultivados en Labros. Su aroma se pierde en los libros más antiguos: cuenta Heródoto que ya los esclavos que construyeron las pirámides egipcias se alimentaban con ajo crudo para tener más fuerza; los atletas y los luchadores griegos los tomaban antes de los combates, y para los soldados romanos era un afamado tónico. Sabemos que es bueno lo mismo para el reuma que para desinfectar, y no digamos para ahuyentar vampiros. Es rico en hierro, fósforo, azufre, potasio y calcio.

Este tesoro, que se guarda lo mismo por dientes que por cabezas, tiene desde este año un cofre nuevo: el tarro con tapadera que lleva grabado el escudo de nuestro pueblo, en tonos azules haciendo juego con anteriores cacharros y realizado en preciosa cerámica de Puente del Arzobispo. Se venderá a mil pesetas cada recipiente, que mide 16 centímetros de alto por doce de ancho.

Se cumple así una vez más la tradición de no dejar pasar un año sin que algún objeto práctico y bonito nos recuerde Labros y, además, contribuya a la buena marcha de la Asociación.

CALERAS DE LABROS

Todavía se pueden contemplar en el término de Labros hasta cuarenta restos de caleras; algunas de ellas con el hoyo de lo que fue horno aún reconocible. De estas curiosas construcciones y también de la manera de armarlas y atizarlas, para después conseguir la cal, podéis encontrar un reportaje en página 4, acompañado de un mapa, gráficos y otras ilustraciones.

MÁS O MENOS JÓVENES

La cosecha más grande que ha producido nuestro pueblo —como tantos otros— ha sido la de emigrantes: a Madrid, a Zaragoza, a Barcelona y a la costa levantina, fundamentalmente. Quizás porque nunca hubo analfabetos en Labros, porque la fama de avispados venía de muy antiguo, porque nunca faltó la ayuda del que ya estaba fuera para quien llegaba, a veces, sólo con lo puesto (una maleta achacosa y una ilusión tierna), lo cierto es que, mal que bien, todo el mundo ha salido adelante; cada cual ha hecho carrera —de taxista o de catedrático, para el caso poco importa—, en ocasiones ha habido que aprender un idioma distinto y, en definitiva, ha habido que levantar una vida nueva a cientos de kilómetros del portegao.

Pero Labros nunca se ha despoblado —ni de verdad ni en la imaginación de los que emigraron—; nunca hemos dejado de mirar hacia el empalme (Ariza-Molina × Anquela-Milmarcos) que nos adentraba en el pequeño gran mundo de casas y casillas, calles y callejuelas, silencio puro y cielo cristalino que durante siglos acompañaron a nuestros antepasados. Han desaparecido oficios, faenas, costumbres, vecinos, huertos... pero las raíces todavía están aquí.

Y es deber de los mayores transmitir a los más jóvenes cuanto les sirva para entender mejor un paisaje y un pasado muy nuestros. Y, sobre todo, es deber y derecho de los más jóvenes, preguntar sin duelo, indagar, descubrir el placer de un mundo que también les pertenece por herencia. Distinguir el tomillo de la ajedrea, saber hacer unas migas, nombrar unos pairones, reconocer unos parajes, entender unos dichos, leer en las nubes, saber por qué la abuela usaba estos o aquellos artes en la cocina, apreciar nuestro arco románico del siglo XI, nuestras sabinas o los aperos acogidos en la fragua, por ejemplo, significa mucho más de lo que parece. Supone, primero, enriquecerse con una cultura que en las ciudades de nuestro tiempo no se puede aprender y que ha pasado de ser algo que casi se ocultaba vergonzosamente a convertirse en un timbre de orgullo, envidiado por muchísimos capitalinos a quienes les encantaría tener también una naturaleza tan pura al alcance de la mano. Y, en segundo lugar, que los jóvenes se empapen en estos conocimientos, vivencias y amor por el pueblo, supone también la mejor medicina contra el desarraigo.

Las fiestas: 18, 19 y 20 de agosto

Alrededor del portegao, el frontón y el monolito con mosaico que recuerda la fantástica fiesta de los gaiteros del 23 de julio de 1994, vuelve la jarana en agosto. Habrá que inscribirse, lo más tarde el martes 15, para participar (chicos y grandes) en los afamados concursos de sombrerete, barrón, frontenis y, en plan menos agitado, guiñote, mus, burro y lo que se tercié. El miércoles 16 se prevé chocolatada y juegos infantiles, el jueves 17 quizás se repita la buena experiencia del teatro, además de la comida comunitaria y la rifa de la alfombra, que recoge el artístico paisaje del pueblo. Y al acabar los festejos, como cada año, el lunes 22 nos iremos de comida comunitaria al Cerro: hay que apuntarse y pagar a escote. Y en medio, las músicas:

Viernes, 18.—Pregón, este año a cargo de Juanita Arribas, y comienzo de las fiestas con la charanga **Los choas** de Guadalajara que estarán desde las 6 a las 9,30. Por la noche y en doble se-

sión, primero de las 9,30 a las 10,30 y después desde las 12,30 a las cuatro de la madrugada, actuará la orquesta **Supernova**, integrada nada menos que por cinco chicos y dos chicas. Procede de Torrejón.

Sábado, 19.—Durante la misa mayor y posterior procesión, nos acompañarán los dulzaineros de Sigüenza, nuestros amigos José María Canfranc y Blasco. Por la tarde, de 7 a 9, habrá una actuación folklórica a cargo del grupo de coros y danzas «**Wad-al-Hayara**», evidentemente de Guadalajara. Inmediatamente después, de 9,30 a 10,30, intervendrá el grupo **Acolla**, de Andorra (Teruel). Y al final, desde medianoche hasta las cinco de la madrugada, volverá la orquesta **Supernova**.

Domingo, 20.—Regresa el dúo **Mambo**, que conocemos del año pasado, y que actuará de 8 a 10 y de medianoche hasta las 3,30 de la madrugada.

Y en cuanto al San Isidro del año que viene, la Asociación de Cazadores



anuncia que si se consigue dinero por las batidas del jabalí, como ha ocurrido este año, también se repetirá la actuación de los dulzaineros.

COMEDIAS DESDE HACE SIGLOS



El año pasado volvió a Labros la magia del teatro gracias a la obra de los hermanos Álvarez Quintero, "Pregón sevillano", y al arte de nuestra compañía de aficionados, como refleja la fotografía. Tanto hizo gozar y divertirse al público que tuvieron que repetir la representación. Desde que, en los años cincuenta o sesenta, algunos cómicos de la legua montaron en la Casa Lugar parecidas comedias y algún que otro drama, el teatro vivo no lo habíamos catado.

Pero es ésta una afición y tradición que viene de muy antiguo, con constancia escrita de hace casi cuatro siglos. Bien es verdad que se prohibieron en 1780 y trece años después —en 1793— se continuaba recalando dicha prohibición: «... ni jamás comedias, que es lo último de la abominación».

Se habían venido celebrando ligadas a las fiestas del Santísimo Sacramento, desde que se constituyó la cofradía del mismo, el 30 de mayo de 1597, con sus ordenanzas, capítulos y decretos. Esta cofradía, que comienza su andadura en Labros con las aprobaciones episcopales correspondientes, solicitó el cambio de las fechas de las fiestas que celebraba el jueves de Corpus Christi, como toda la cristiandad, al domingo inmediato

siguiente (infraoctava), desde entonces llamado «Domingo del Señor». Así que, en 1618, el Papa Pío V concede a Labros el cambio de festividad, a través de una bula pontificia expresamente dedicada a nuestro pueblo, como ya informó este periódico en su primer número de 1982.

Este gesto papal debió de provocar el correspondiente ardor religioso y la extensión de los estatutos de la cofradía, y así vemos que un año después, el 16 de junio de 1619, se amplían los estatutos y entre otros asuntos tratados figura el relativo a «... que si hubiese que representar en la fiesta del Corpus o en sus octavas, que esté obligado cualquiera cofrade a hacer el papel que el piostre le repartiere, pena una libra de cera, trayendo la cofradía todos los

vestidos necesarios». Por cierto que el piostre se llamaba Juan Ochoa de Iturbe y entre los mayordomos y acompañantes figuraba algún Urraca y algún Escribano. Otro detalle curioso que se desprende del acta es que junto a la firma del letrado (Gregorio de Anchuela), en confirmación de veracidad, figura la de otros cuatro presentes, sin que nadie pidiera que otro firmara por él, cosa que ocurre según se lee en otros muchos documentos cuando alguien no sabe escribir (entonces el firmante explica por quien estampa su firma). De aquí deducimos que todos los que en Labros firmaron conocían la escritura y la lectura.

Como confirmación de la realización de estas obras, autos sacramentales y comedias hallamos en el libro de contabilidad de dicha cofradía del Santísimo Sacramento las cantidades expresamente dedicadas a estos menesteres, a veces sin más, y en ocasiones bien explícitas: (1624) comedias, ... jublares, ... 44 reales; (1626) «... de vestidos, ... 74 reales, ... de dos comedias y papel, ... 14 reales»; (1644) «... de tablado, vestidos y comedias, 3.060 maravedís». La última anotación referida a gasto en comedias aparece reflejada en el libro dentro del año 1671: «... música y comedias, ... 1.722 maravedís».

La costumbre del teatro parece que se sustituye por la de los danzantes, a juzgar por lo que se refleja en el año 1680, donde se habla de retribución conjunta a danzantes y gaiteros, lo que nos lleva a pensar que las representaciones teatrales se acabaron, al menos, con motivo de estas festividades y de esta cofradía.

Cuatro años después, en 1684, se da cuenta de haber gastado con el dicho gaitero, con los danzantes y demás gentes a lo largo del día de la festividad «tres arrobas de vino, 10 reales y 4 maravedís en darles de comer ... pan y demás carne y gastos que hubo, ... 14 reales y medios».

Que un siglo después se siguiera prohibiendo una y otra vez la representación de comedias es señal de que no se había desterrado totalmente esa costumbre. Lo que vino más tarde, hasta llegar a las representaciones de Paulino y de su «Hombre mosca», espectáculo que acompañó en 1994 a la comedia de los Quintero, forma parte ya de otra historia.

AMOJONANDO

En los pueblos que como Labros se dedican a la agricultura, ocurre a veces que los mojones o linderos de las fincas se arrancan y cambian de su sitio, y no creo yo que sea por mala fe o mala intención, sino porque como los artes de labranza son ahora gigantescos, como esos arados de cuatro vertederas, esos binadores de diez o doce rejas, esas cosechadoras que parecen casas con ruedas corriendo por el campo; es fácil que estos gigantescos artefactos le den sin querer un empujón a un mojón. Pero es tan fácil volver a colocar ese mojón en su exacto puesto, que no hay que preocuparse.

¿Cómo se coloca ese mojón?

De la siguiente manera:

Desde la concentración parcelaria todos los propietarios tienen un mapa de su finca, y ese mapa está hecho a escala de 1/6.000 que quiere decir: que cada milímetro del mapa equivale a 6.000 mm. del campo y como 6.000 mm. es igual a 6 metros, la escala es 1 mm./6 metros. Y como según la geometría en las figuras semejantes los lados homólogos son proporcionales, y como nadie puede negar que la finca y su mapa son figuras semejantes, y como la proporcionalidad entre los lados de la finca y los lados de su mapa es la escala del mapa, luego no hay que hacer nada más que coger un metro y medir en casa el lado del mapa del mojón averiado, y esos milímetros (mm.) multiplicarlos por 6 metros, y los metros que salgan, son los metros del lado de la finca en que se ha movido el mojón.

$$\frac{1 \text{ mm.}}{6 \text{ metros}} = \frac{\text{mm. del lado del mapa}}{X}$$

$$X = \frac{\text{mm. en el mapa} \times 6}{1}$$

Ir luego a la finca y desde el mojón fijo medir los X metros y allí poner el mojón.

Isidro Gutiérrez

Sombras misteriosas

Hacía un día que no parecía de verano, el cielo estaba muy nublado, y las calles de Labros se veían sombrías. Fui a buscar a mi amigo Carlos:

—Sería guay ir ahora a la antigua iglesia, está medio derrumbada y tiene un aire fantasmal— propuse yo.

—Vale, además con este tiempo da más miedo.

Cogimos una linterna y subimos a la iglesia. Se puso a llover y esto nos hizo pasar para resguardarnos. Estaba todo lleno de arbustos y muy oscuro, así que cogí la linterna y nos internamos entre la maleza. Oí un ruido, me di la vuelta y estaba solo. ¡Carlos había desaparecido! Una luz, de pronto, me iluminó y perdí el conocimiento. Al despertar no veía nada, pero oí la voz de Carlos. Yo le hablé y, al fin, nos encontramos, entonces busqué la linterna, no la tenía.

Sentimos hambre y empezamos a inquietarnos, así que, Carlos palpó a tientas para averiguar dónde estábamos y yo hice lo mismo. Noté que había una puerta y como era el único remedio nos tiramos contra la puerta abriéndola. Por una rendija de luz pudimos ver dos siluetas negras que se

dirigían hacia nosotros para matarnos. Entonces cerré los ojos. Oí una larga pelea, y cuando volví a abrir los ojos, las dos siluetas ya no estaban allí y en su lugar vi a mi amigo Víctor tan ufano como un héroe por habernos librado de las malditas sombras.

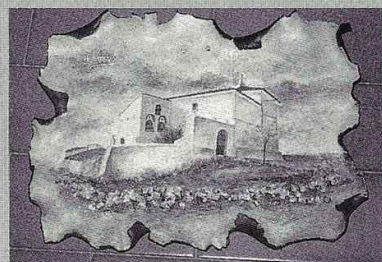
Salimos de la iglesia y el día ahora estaba soleado. Regresé a mi casa y nunca conté a nadie esta aventura.

Enrique Maroto (11 años)

EXPOSICIÓN DE CERÁMICAS

Una exposición de 30 piezas de cerámica blanca fina, con algunos motivos referidos a nuestro pueblo, como el de la ermita de la foto, se exhibirá durante el verano. Son obra de María José Cano; mujer de Pedro Luis, hijo de Valentín y Petra. Nacida en Huertahernando, cursó estudios de pintura en la conocida Escuela Massana, de Barcelona, donde obtuvo matrícula de honor, y ha ganado primeros premios y medallas de oro en concursos de pintura y cerámica de Alcalá de Henares, Badalona y Barcelona, donde ha expuesto en centros prestigiosos como el Palacio de la Virreina.

Para conseguir cada pieza, María José emplea barro blanco que va montando en una madera plana forrada de tela de algodón, lo alisa y, después da la forma al fondo, monta otra placa semejante para hacer la figura. Tras varios días de secado, lo cuece en un horno especial, después lo pinta y, de nuevo, lo vuelve a cocer hasta obtener —tras muchas horas de trabajo— su obra de arte.





«SANISIDRILLO» DEL 58

Por aquel entonces las fiestas de nuestro patrón mantenían la cuerda y un reconocido gancho, al que no era ajeno ser las primeras del año y un excusable alto en los trabajos del campo, acabada ya la barbechera y aún pronto para la siega.

También seguían vivas prácticas tradicionales como

correr a los músicos —de Milmarcos, por supuesto— y a los oficiantes religiosos, con Predicador a la cabeza, elegido por fama y, a poder ser, alguna raigambre labreña.

En aquel «Sanisidrillo», 16 de mayo de 1958, con ceremonias de tono menor, el bailejejo de después de la misa y antes de comer se ubicó, recogido y familiar, detrás del frontón. «Habían caído unas gotas, hacía aire y más bien fresco», recuerdan algunos que allí se movieron al ritmo de la jota, el pollo, y la canción en boga, luego llamada del verano, «Pulpa de Tamarindo».

El escenario, hoy con árboles y columpios, ofrecía como horizonte la loma de los Hornillos con sus bancales. Más cerca, piazos sin concentrar con sus lindes de paredes, surcos y ribazos.

Y en primer plano aparecen estos músicos de uniforme y gorra de plato, tan jaques y bien sentados; seguro que desgranando un pasodoble torero para alegría del mocerío agarrao y de la chavalería andante. Por desgracia la calidad del fotógrafo —o de su pobre máquina— no da para que en esta ocasión nos entretengamos, como otros años, en descifrar si ésa es la Zutana, aquél es el Mengano o quiénes serán las parejas de dos chicas entrelazadas que esperan bailadores.

Mientras, en España, Franco declaraba «permanentes e inalterables» los principios del Movimiento, y algunos esperaban ver en Labros algún 600, cuya producción se acababa de iniciar.

Victoria Yagüe Martínez, entonces moceja, hoy recién y feliz abuela, guarda la instantánea.

Vida familiar

A falta de cuantos acontecimientos familiares de labreños o descendientes no se nos han comunicado, los que sabemos son:

Nacimientos.—Ana Jiménez Yagüe, hija de Felipa y Juan Manuel, el 11-5-94. Sergio Muñoz Navio, hijo de Tere y Santiago, el 24-2-95.

Defunciones.—Han sido enterrados en el cementerio de Labros, Hermógenes Román, fallecido el 1-10-94 y Juan Serrano, que murió en Zaragoza el 19-3-95.

A los cazadores

La Asociación de Cazadores informa que este año la reunión será el día de la Virgen, 15 de agosto, a las 13 horas. Se darán los estadillos de cuentas y se votarán las propuestas que haya para la mejor marcha del coto. Quien no pueda asistir, puede delegar por escrito.

Se avisa a los cazadores que no se deben sacar los perros antes de la desveda. La media veda se levanta desde el 20 de agosto hasta el 17 de septiembre; siendo días de caza los jueves, sábados y domingos.

Es probable que este año no se pueda organizar por las fiestas el concurso de tiro al plato, por problemas de autorización. Se está intentando crear un Club de Tiro al plato, con un campo permanente; de lo cual se informará en cuanto haya noticias.

Un día de bodas de antaño

(29 de noviembre de 1931)

Me habían hecho temblar, inquietarme, también enfadarme. Sólo quedaban los últimos detalles para casarme con él. Saqué el vestido plisado, de crespón, dos piezas, negro como el azabache, y lo coloqué encima de la cama junto a la chaqueta de lana.

Coloqué por cuarta vez el juego de sábanas de hilo, bordadas, mis iniciales grabadas, mío y a la vez de muchos otros, regalo de mi madre. Y comencé a aviarme en la habitación que había preparado para mí y para él, para nosotros, tironeada por dos fuerzas diferentes: deseo y miedo. La cama —¡qué nervios al comprarla!—, una mesita, un palanganero, una silla, y el espejo con dosel, además de una foto de él y otra mía, me arropaban.

Calenté agua que subí en una jarra, me lavé despacio y con cuidado al vestirme. Primero las bragas blancas de viscosa, adornadas con puntillas; luego, las enaguas nuevas de algodón, sin costuras, sueltas; después, el corpiño, de color oro y con detalles de encaje, que apretaban dispuestas mi madre y mi prima tras haberlas avisado. Ellas habían llegado con las medias oscuras, de lana tupida, que inmediatamente me puse y sujeté con ligas negras. Sentada en la silla dejé que me hicieran una trenza especial y me colocaran las horquillas. El vestido plisado voló por los aires y entró con suavidad por mi cabeza.

Afeites pusieron en mi cara a

pesar de mi ligera resistencia: de color mis mejillas y con un brillo nuevo mis labios.

Al sonido de las campanas el velo negro, suave y calado de celosías tapó mi rostro y calcé los zapatos con orgullo.

Mi madre me tranquiliza y se tranquiliza; bendiciones, consejos y los mejores deseos llegan de tías y primas.

Las notas de los dulzaineros nos sacan de casa. Al pensar en mi padre, al que yo no veía, siento un hueco doloroso en el corazón y una sensación de vértigo en el estómago.

En la calle la mirada de los vecinos, amigos y parientes. Un hombre y una mujer menos en el pueblo, nuevos lugares y nuevos rumbos.

Y ahí estaba él. Igual que olas iban y venían sentimientos en su corazón: aceptación y rebeldía, confianza y desconcierto, que se rompían al encontrarse con los límites del caño.

El me había elegido, después venía el aceptar la fecha y los modos de hacer que desde hacía un mes ocupaban a nuestras familias. Nos casábamos, él trabajaría un año más para su padre y después podría comenzar a construir su hogar, nuestro hogar.

Ante mí se presentó con un traje de lana negra, «*con delgadísimas rayas blancas alto de cintura y pernera siempre de la misma anchura, sin doble en el empeine y bolsillos*

paralelos a la cintura», con chaleco, camisa blanca de hilo; y una capa prestada por uno de sus primos, «*capa negra con forro de astracán azul en las vueltas del cuello y de la parte delantera, con su presilla de latón o de cobre y su trencilla para atar el cuello con esclavina hasta medio brazo*» —como cuenta Mariano Marco—.

La ceremonia y la misa, un suspiro eterno. El chocolate después. Baile y al cónvite. El menú compuesto por una *sopa con tropezones, estofado de oveja y cordero, platillo, pollo escabechado y de postre flan y natillas* nos alegró a todos. Habían sacado los anises y el aguardiente. El padrino parecía despistado. Con mis primas políticas salí por la cámara; él, entre las patas de una mula que sacaba su tío de la cuadra. Corrimos a nuestra habitación, el *tálamo* nos aguardaba.

El padrino cumplió pagando un chocolate e imaginó que los mozos recogerían el *mollete* de mi casa más tarde. Mañana parientes y amigos añadirían detalles a la *hijuela*: una cabra, ovejas, una mula, también los trajes de la boda, la cama, el espejo, esa rasera ya para siempre inconfundible, y una larga lista de utensilios además de algunos piazos. Pero todo esto, mañana.

Por la transcripción:
Teresa Herranz Yagüe

Refranero con retranca

- Año de gamones, año de montones.
- Quien tiene ovejas, tiene pellejas.
- En esta vida caduca, el que no trabaja no manduca.
- Los males entran por arrobos y salen por adarmes.

Palabros de Labros

Muchas no vienen en ningún diccionario y algunas sí; aunque con ligeras distorsiones. Pero nuestros abuelos las usaban con acertada propiedad. Animamos a los más jóvenes para que atinen con su significado. Y a seguir buscando...

ajoyentar, arregostar, cascatoria, estroza, lamparazo, maula, melsa, patute, ronjión, tamarazo, trastear, zarramantear.

LABROS



Periódico de la Asociación de Amigos de Labros. N.º 14. Verano 1995

Dirección de Andrés Berlanga, con la ayuda de Kety Antolín, Teresa Fernández del Vado, Isidro Gutiérrez, Enrique Maroto, Teresa Herranz Yagüe, José María Gutiérrez, Mariano Marco y Antonio Martínez Yagüe. La edición y el papel se deben a la generosa colaboración de Neografis, S. L. Impresores. Santiago Estévez, 8. Madrid.

Depósito legal: M. 21.232-1982

NUESTRAS CALERAS

Por Mariano Marco y Antonio Martínez Yagüe

Documentadas por Plinio desde tiempos de los romanos, las caleras han proporcionado casi hasta nuestros días la base para la argamasa —cal, arena y agua— que junto con la piedra constituían los materiales de construcción, abundantes y baratos, por excelencia. De paso, la limpia de aliagas, contribuía a la conservación, mejora y defensa contra incendios y procuraba más y nuevo pasto para el ganado.

La cal ocupa junto con la piedra y la teja un lugar destacado en las técnicas de nuestra arquitectura popular. La costumbre y el rito del fuego se encargaban de que el óxido de calcio, siempre combinado en estado natural con otras sustancias, se convirtiera en el polvo blanco, ligero, cáustico y alcalino, destinado —una vez hidratado con agua y mezclado con arena— a fijar piedras y revocar muros.

Pero la calcinación o privación del ácido carbónico mediante un fuego que debe proporcionar 2.570 grados, exigían un largo proceso que anualmente se iniciaba en septiembre, tras la trilla.

Elegido el emplazamiento, normalmente solanas ricas en aliagas (*ulex parviflorus*) y con pendiente o ribazo, se cavaba o se limpiaba el hoyo de otra anterior y se procedía al acarreo de piedra franca con la que se armaba la bóveda del horno.

Demetrio Marco que participó, de mozo, en las dos últimas que se hicieron en Labros, en 1961, recuerda que invertían más de 20 días acarreamo gavillas de aliagas. «Más de mil a nada. Tenía que arder sin parar dos noche y tres días»...

Había preferencia por las cercanías, Carravillel, El Pozuelo, La

Cabezuela, la Hoya la Gorrita, los Ribazones... Pero, de acuerdo con las necesidades, se hacían por todo el término. A pesar de la erosión, la concentración y el paso del tiempo, pueden hallarse vestigios de más de cuarenta, la mitad con el horno todavía reconocible.

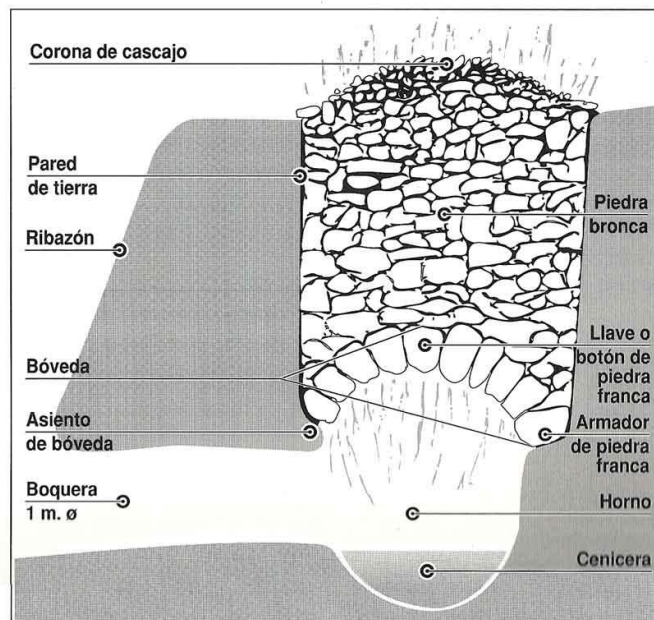
El inicio del fuego, siempre al amanecer de mano de un chaval que se introducía por la gatera, llevaba aparejado una especie de fiesta con vino, jolgorio y visitas al encargado de atizarle. Sobre todo una vez cerciorados de que el armazón aguantaba. No ocurría siempre, para desazón de quienes habían invertido infructuosamente tantas horas.

El humo claro y transparente marcaba el final feliz. Se procedía a taponar la puerta y se dejaba enfriar un par de semanas. Luego se sacaban las piedras transformadas en cal viva y se guardaban en lugares secos hasta ser usadas.

Tampoco faltaban supersticiones. Convenía hacerlas coincidir con el equinocio de otoño. Por el contrario, se desaconsejaba la presencia de mujeres en días fértiles. «¡Bah! A la última vinieron casi todas las mozas, novias o no novias; y no se hundió. Y una u otra estaría con el cacharro», comenta incrédulo Demetrio.



La calera de Cañada de la Iglesia, hoy.

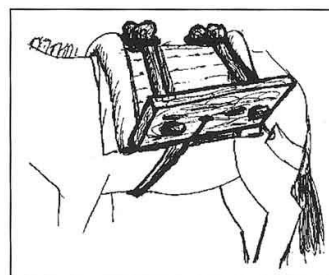


Así se armaba y atizaba

Las caleras se construían sobre un ribazón haciendo un hoyo de unos tres metros al que se cubría con una bóveda de piedras francas y largas, llamadas armadoras, que se remataban con una piedra cónica, denominada clavo o botón.

Para su construcción se apoyaban en un relleno de bardas de sabina, que luego se extraían antes de pegarle fuego por la boquera o tiro.

Sobre la bóveda se colocaba el resto de la piedra, normalmente acarreada con mulas, a las cuales se les colocaba un artificio llamado pedreras, semejante al del dibujo adjunto. Cuando ya estaba colocada toda la piedra armoniosamente, se remataba con la corona de cascajo. Debajo de la bóveda y en la base del horno se cavaba un espacio similar y suficiente para acumular las cenizas y que no se tapara el tiro. Por la boquera se introducían con la horquilla para evitar pinchazos y



Pedreras.

de forma ininterrumpida las aliagas. Su transporte se realizaba con el paliganchito. De sabina naturalmente. El gancho más alto para fijar la gavilla. El mayor, para apoyar en el hombro.

Horquilla. Paliganchito

